

INTRODUCCION

La sección IV del volumen anterior, referida a la mediación que ejercen la Filosofía y demás Ciencias del Hombre sobre la Teología, aparecía titulada bajo el lema agustiniano: *Intellige ut credas et crede ut intelligas*. Iniciamos ahora este apartado sobre la reflexión teológica con otras palabras, igualmente agustinianas, tomadas directamente de la Biblia (según la traducción de los LXX) y aparentemente en contradicción con las anteriores: *Nisi credideritis, non intelligetis*. Así, frente al posible «racionalismo» que suponía el lema anterior, el de ahora parece apostar firme por su quasi «fideísmo». ¿Entender para creer o creer para entender?

Hemos hablado de contradicción aparente. Sobre ello habría que decir muchas cosas. Agustín es una personalidad que desborda todo intento de síntesis, a no ser la del talante «eclesial» de su fe. Así será siempre utopía cualquier intento de reducirlo a fórmulas más o menos logradas. Aplicado a nuestro caso, y esto es lo que intuye y le atormenta al mismo tiempo, ve que las dos proposiciones son igualmente «verdaderas»: «Haz, Señor, que pueda comprender qué es primero, si invocarte y alabarte o invocarte sin conocerte... ¿Pero es que puede alguien alabarte sin conocerte?... ¿O acaso no será más bien que se te invoca para conocerte?»

Esta dualidad de planteamientos atraviesa toda la obra del Santo y es inútil decidir cuál prevalece. Quizá ayude a entender las reflexiones agustinianas unas consideraciones que se hacía el físico danés N. Bohr sobre las afirmaciones del entendimiento humano: Hay —decía— dos tipos de verdades o proposiciones: las *triviales*, es decir, aquellas proposiciones cuya contradictoria es sencillamente *falsa*, y las

profundas, esto es, aquellas cuya contradictoria es otra *verdad profunda*.

* * *

¿Entender para creer o creer para entender? Y sobre todo lo importante: ¿Cómo responder a esta problemática hoy? Nada ha parecido mejor para ello que dejar la palabra a dos hombres, cuyo contexto vital (fuera del ser guipuzcoanos) es diametralmente opuesto. Sorprendentemente, sabiéndolos leer, llegan a las mismas conclusiones.

A. ORBE, profesor en la Universidad Gregoriana, antiguo alumno de Oña e investigador sobre los orígenes del cristianismo, nos reconduce con la seguridad del especialista al brotar mismo del pensamiento teológico cristiano. Ante el lector aparece en una breve pero apretada síntesis por qué irrumpe aquél (búsqueda inherente al pensar humano y defensa frente al error) y cuáles son las direcciones que emprende. Estas son dos en un principio: la *platonizante* de los «gnósticos» (dualismo entre mundo visible e invisible y dualismo asimismo de interpretación entre letra y alegoría) y la *johannea* que siguen los Padres del siglo II, los llamados «eclesiásticos» u hombres de Iglesia (la «salus carnis» o unicidad del plan de Dios, en choque frontal con la filosofía pagana). Entre ambas posturas se sitúan los «alejandrinos». Por lo que sea, la teología de los «eclesiásticos» desapareció de la Iglesia y se impuso la de los «alejandrinos». La crítica histórica distingue hoy estratos en la gestación del NT. Pero la distancia entre los estratos no supone en ningún caso abismo. De igual modo tampoco se da ese salto abismal del NT a los «eclesiásticos» del siglo II, tal como quiere establecer con carácter de dogma esa crítica histórica. Resulta asimismo evidente que la talla de los Padres del siglo II no es la misma en todos los casos. Consecuentemente, tampoco lo será su «traducción» del mensaje cristiano a las circunstancias del momento.

Msgr. J. M. SETIÉN, antiguo profesor y Decano de Teología y actual Obispo de San Sebastián, nos presenta su visión de la Teología en un escrito que originariamente fue una conferencia tenida en la Universidad de Deusto con motivo de la celebración del Centenario de la Facultad, el 3 de octubre de 1980. El «teólogo» ha de ser ante todo un creyente, un hombre de Iglesia. En este sentido confirma las conclusiones del P. Orbe sobre las diferencias entre «gnósticos» y «eclesiásticos». Pero además, corporativamente, los teólogos, en cuanto agrupados en una Facultad, son una forma de acción y

presencia eclesial histórica con una tarea común: la inculturación del mensaje cristiano en un mundo que ya no se siente interpelado por los valores de lo «Trascendente», al menos en su presentación tradicional. De ahí que les asigne una tarea muy concreta que, con una sinceridad y serenidad apreciables, pasa a detallar en sus coordenadas fundamentales. Estas expresan lo que un pastor de la Iglesia espera de una Facultad de Teología. O dicho con terminología del siglo II, lo que un «eclesiástico» hubiera esperado de los «gnósticos». Releídas estas reflexiones *sine ira et studio* al cabo del tiempo, deberían hacer pensar a todos.

Entre estos dos artículos se encuentra un largo estudio histórico de J. M. LERA sobre un proyecto de reforma en los estudios de Teología que emprendió la Compañía de Jesús, en toda su extensión y profundidad, hace aproximadamente un siglo. El trabajo se centra obviamente en las propuestas de la Facultad de Teología del Colegio Máximo de Oña. La historia de la Teología en el siglo XIX, sobre todo en España, va desvelando poco a poco sus enigmas. No se dio ciertamente todo lo que hubiera sido necesario, pero hubo bastante más de lo que se cree. La Compañía de Jesús estaba extendida ya por todo el mundo y las propuestas de la entonces Provincia jesuítica de Castilla no disuenan al lado de las de la Gregoriana o de las provincias francesas, belgas o alemanas. Los profesores de Oña, de acuerdo con una tradición jesuítica, buscaron insistentemente la superación de la Casuística y el logro de una auténtica Teología moral. El carácter excesivamente pragmático de la propuesta suponía, sin embargo, el descuido de otros frentes, quizás de momento no tan urgentes. El final del siglo pasado ofrece así al historiador una vitalidad sorprendente. La Compañía de Jesús realizó de 1883 a 1892 una toma de conciencia, hoy día casi totalmente desconocida e inexplorada, que se puede equiparar, si ya no sobrepasa, a las encuestas, «surveys» o evaluaciones de nuestro tiempo.

* * *

«¿Entender para creer o creer para entender?» Decíamos que estos dos planteamientos atravesaban la obra de Agustín a lo largo de su vida y era inútil dar la primacía a uno de ellos. Pero con el Agustín de los sermones

«Vengamos al juez...

juzgue Dios por el profeta...

Responde el profeta: '*Si no creéis, tampoco entenderéis.*'»